



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.	PUNTOS DE SUSCRICION.	30 de Enero 1878.	PRECIOS DE SUSCRICION.	NÚM. 27.
	<p>Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39. Madrid, en las principales librerías. Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.</p> <p>No se devuelven los originales que no se utilicen.</p>		<p>En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas. En toda España y Portugal, trimestre, 7 pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 » En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas americanas, semestre anticipado, en oro. 20 »</p> <p>Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.</p>	

SUMARIO.

GRABADO: Vista del bosque de Bologne en el año 1856, y modas de aquella época.

TEXTO: La literatura española, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Cartas de la exposicion de Paris, por J. EMILIO DE SANTOS.—POESÍAS: A Giacinta Pezzana Gualtieri, por J. P. VELARDE.—(Iris de Paz), por J. ECHEGARAY.—Al Cardenal Patriarca de las Indias, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Explicacion del grabado.—Lo que no puede decirse, tercer acto primitivo, por J. ECHEGARAY.—Literatura extranjera: La roca de Tregunc (continuacion), por P. DE B.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Problema de Ajedrez.—Limosna del CÁDIZ.

LA LITERATURA ESPAÑOLA.

A S. M. LA REINA MERCEDES.

SEÑORA: Al poner vuestro angusto nombre al frente de este pobre trabajo, no tengo la intencion de ofrecerosle como un homenaje respetuoso y apasionado, que es indigno de ello por su escaso valor, sino el deseo de que, fijándose Vuestra Majestad en las razones que pienso aducir, se sirva tomar bajo su proteccion la alta empresa de vivificar las letras españolas, abandonadas y olvidadas hoy, pero no muertas, porque no muere jamás aquello á quien Dios ha dado vida para la perfeccion de la humanidad.

Epocas hubo, marcadas con un sello de excepcional grandeza en la historia de nuestra patria, en las cuales el talento tenia como premio seguro é inmediato la proteccion real.

Los poetas formaban en torno del Monarca una corte íntima, que le deleitaba con las armonías de la inteligencia.

Imposible seria pedir hoy que un rey constitucional, en contacto con las necesidades de sus pueblos, que estudia y previene, perdiese su precioso tiempo en oír murmurar dulces rimas poéticas, pero si no es fácil distraer al Rey de sus graves razones de Estado, lo es conseguir que la Reina, léjos por fortuna de la absorbente politica, tienda su mano á todo lo que es bello, elevado y puro como su rostro y su alma.

El amor, la caridad, la poesia... ¡qué trinidad de sentimientos tan hermosa y tan fácil de admitir, Señora!

Amar á vuestro pueblo, que se apasiona lealmente de todo lo bueno; socorrer al desvalido siguiendo el santo ejemplo de vuestra Madre; proteger á la inteligencia, que os deberá su gloria... Hé aquí el cetro de flores que Dios ha querido concederos!...

¡Y cuánto necesita el talento de esa proteccion!... Ved, Señora, el ejemplo reciente dado en las fiestas

nacionales hechas en regocijo de vuestra union con D. Alfonso XII.

El Gobierno, los Ayuntamientos, las Diputaciones, los particulares, han pensado en todo... en todo, ménos en los escritores, en esos obreros de la inteligencia que gastan su vida en perfeccionar la sociedad.

Los huérfanos, los pobres, los vagos mismos, pues habrán gozado de los espectáculos, han tenido su parte en los públicos regocijos, se han destinado cantidades á costear viajes á industriales que han de perfeccionar su industria, se destinan otras cuantiosas á honrar genios que pasaron, y nadie recuerda para nada á los que viven luchando consigo mismo y con las necesidades de la vida.

No niego que será muy útil que un zapatero perfeccione su obra estudiando ese trabajo en la Exposicion próxima que ha de celebrarse en Paris; tampoco dudo de las ventajas de que tome incremento visitando el mismo centro, la industria del cerrajero... pero alternando con ellos, ya que así lo quiere el sentido práctico de nuestra época, ¿no era digno de visitar ese concurso de las naciones un escritor que nos encantase describiéndole?... Ah, Señora!... Fijese V. M. en la indiferencia con que nuestras letras se miran, y seguramente habrá de sentir un gran interés por los que, abandonados de todos, siguen adelante sin embargo, honrando á su patria y muriendo lentamente por ella.

España presta su apoyo al músico y al pintor, señalando para ellos pensiones, y olvida por completo al literato. Si las Bellas Artes son necesarias para la vida social, como las flores para la naturaleza, porque Dios ha querido formar la vida del pensamiento de sueños y realidades, como la vida del mundo de sombras y de luz, ¿por qué se desatiende á la más trascendental, á la más influyente de esas artes más que bellas, sublimes, porque revelan el origen divino del hombre?.....

La pintura halaga la vista y adorna nuestras moradas como un trofeo de buen gusto, y á veces de vanidad, pero no enseña; la música recrea nuestros sentidos, pero nada dice á nuestro pensamiento: el libro enseña, advierte, forma el corazón que se moldea en sus máximas, y nos prepara á ser dignos de la aspiracion que revela aquel ideal perfecto. ¿Por qué, pues, Señora, el pueblo que costea á los que se muestran dignos de esa proteccion, el estudio de la pintura y la música, no tiene ni aún apoyo moral para el que intenta seguir la carrera de las letras? Se practica de todos modos la caridad, y á nadie se le ocurre reunir una suma para costear, previo examen de personas competentes, la edicion de esas obras que sus autores, pobres y desconocidos, no pueden dar á la luz pública, deteniéndose por imposibilidad material al principio de un camino, que si bien es difícil, suele ser glorioso.

El Estado tiene grandes medios de proteccion de que los particulares carecen: sea V. M., Señora, la que le recuerde sus deberes para con los artistas del pensamiento y de la palabra, que propio es de una Reina jóven, hermosa y buena, tender su mano á esos pobres

ilustres que pueden rodear su trono del esplendor del genio.

No es manera de proteger el talento el llamarlo á certámen, señalando como premio en un concurso de la inteligencia española algunas flores de oro; no se le apoya dando unas cuantas plazas de los ministerios á otros tantos poetas, como pretexto de una pequeña renta: no, esta no es la manera seria y digna con que una nacion puede alentar los talentos que en ella nacen; el medio es hacer reproductivo su trabajo; dar al escritor la seguridad de que su patria, así como se encarga del soldado inútil, y del empleado envejecido, ha de atenderle cuando la pluma caiga de su mano cansada, porque él merece igualmente esa proteccion puesto que trabaja, aún más que ellos, por la patria, y la prueba es que la patria recoge cuando él ha muerto la herencia de su genio y el timbre de su nombre.

¡Y esto es tan fácil, Señora!...

Una comision de escritores eminentes que juzgase la obra que mereciera ser protegida, para que comprada á su autor se editase por el Estado: un sello especial en la cubierta de esas obras para ser adquiridas á centenares, en vez de esos inútiles papeles blancos con que se pagan ciertas multas, y luego, estos miles de libros repartidos entre los presidiarios, en las escuelas y como premio á los obreros...

Una especie de Banco, en el cual cada una de estas ediciones depositase un fondo, y de ahí saldria asegurada la vida del escritor, la vida material llena de exigencias y torturas, y entonces no veriamos ancianos ilustres que por no haber buscado su porvenir en la politica ó en la industria, se mueren en la miseria olvidados de todos, como si ocultasen su personalidad los laureles ganados por su genio.

Yo sé bien, Señora, que vuestro generoso corazón gozaria en aliviar esos dolores; pero seria en vano remediarlos hoy, si ha de venir el mañana con las mismas implacables exigencias; seria pensar en uno, y es fuerza pensar en todos.

Esta mision, Dios mismo, parece haberla reservado á V. M.

Haciendo de las letras una profesion seria, un estudio digno, se extirparia tambien la fatal manía de creerse todos escritores; entonces no se presentarian en un certámen ni tan exigüos premios ni tan numerosas composiciones: escribiria el que sintiese en su alma el impulso del genio, pero escribiria estudiando, y comprendiendo lo que estudiaba, no por intuicion ni por entretenimiento, que ancho campo tiene el hombre de nuestra época fuera de las letras, para sentir el no ser uno de sus sacerdotes.

Iniciad, Señora, la proteccion al escritor, y perdonadme si turbo vuestro sueño de amor con quejas inoportunas, pero recuerdo que no hace muchos días, cuando en el palacio de San Telmo, estrechaba conmovida vuestra angusta mano, deseándos todas las felicidades de los Cielos, la sonrisa de vuestros labios, era como una promesa de recordar mi afecto, y alenta-

da por ella llevo á pedir á V. M., no para mí, que soy la última de todos, sino para los que son tan dignos de protección, y la necesitan y la esperan.

Confiada en que V. M. ha de interesarse en mejorar la suerte de los que de la inteligencia viven, continuaré este trabajo, besando entre tanto con adhesión y respeto las augustas manos de V. M.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz 29 de Enero de 1878.

CARTAS DE LA EXPOSICION.

Señora Doña Patrocinio de Biedma.

Paris 15 de Enero de 1878.

SEÑORA de mi respeto y consideracion: *Nobleza obliga*, y á nadie mejor que á Cádiz se le debe aplicar esta frase, que no sé quién la dijo, pero que ella sola, en ocasiones como la presente, dice más que un libro entero.

No es mi ánimo cantar las glorias gaditanas porque no tengo acentos para tamaña empresa, y aunque los tuviera, no sería seguramente yo, el que á ello se atreviese, porque tan conocidas son y tan notorias, y es tan grande su resplandor que no necesitan que nadie las ensalce: ni es tampoco mi designio trazar la historia de su importancia, desde que los triremes de Tiro y de Sidon atravesaron el canal de Calpe y de Avila para saludar sus playas: ni tampoco puedo hablar de la gran fama que la ciudad culta adquirió entre la gente propia y la gente extraña: y por último, ni he de hablar de su belleza, ni del talento de sus hijos, ni de su claro Cielo, ni de ninguna de las maravillas que la rodean. Simplemente es mi mision preguntarle á Vd. ¿cómo viene Cádiz á la Exposicion? ¿Viene bien ataviada? ¿Trae algunos rasgos de su pasada grandeza, de sus presentes talentos y de sus medios de existencia para lo futuro? Pregunta es esta que me he hecho muchas veces, sintiendo con toda mi alma no poderme la contestar. Muchas veces, señora mia, he atravesado sus dorados campos; he oido cantar los pájaros que pueblan sus verjeles; he sido acariciado por las brisas de sus sierras y los vientos de sus mares. También he visto ahí al Sol más radiante que en ninguna otra parte de Europa y á la Luna más bella con su plateada palidez que en ninguna otra region de las que cubre el firmamento. Era yo muy joven, señora, casi un niño, y ya entonces me acosaba la comezon de penetrar los misterios de ese gran conjunto de Cielo, de agua, de Sol, de vida y de vejetacion que forman ese pequeño pero encantador recinto que se llama provincia de Cádiz. Parece que la Providencia ha querido que la más preciosa de sus joyas, se estacionase á la entrada de la Península para que cuantos á ella vinieran fuesen recibidos por lo más bello, por lo más elegante, por lo más hermoso que tiene el país.

Decía yo á mis solas cuando veía la influencia de ese magnífico Sol inundando de esplendorosa luz los campos: ¿Qué más hermoso habria sido el valle de Ceres y de Pomona que nos pinta la mitología? Cuando por la noche contemplaba esa Luna de que he hablado, velar tranquilamente el sueño de los moradores de la antigua Gades, derramando sus ópalos sobre las joyas vejetales que he visto brillar mil veces y que aplandía con el instinto de la ignorancia de mi juventud, la fantasia me hacia ver el oro en aquellas espigas de trigo, las perlas, los rubíes, las esmeraldas y los brillantes en cada una de las bayas que forman los racimos que pendían de las vides jerezanas, y que, segun dijo Byron, encerraba cada grano un rayo de Sol; la plata y el bronce y el nácar en las pieles de los peces y de los mariscos, todos los colores en la corteza de las frutas y en todo ello la idea del paraíso; y yo que todo esto veía entonces, buscaba años despues siquiera sus reflejos en los palacios de las Exposiciones de Inglaterra, de Francia y de Alemania, y todas aquellas emociones de la juventud parecían disiparse y evaporarse, convirtiéndose este vapor en velo de espesa niebla que envolvía mi espíritu en el crespon de la tristeza.

Yo queria ver á Cádiz en las Exposiciones tan hermosa como es, y apenas la veía en los rincones, las más de las veces pobre y andrajosa. Si así ha de venir Cádiz á Paris, influya Vd., amiga mia, con su autorizada voz para que no venga.

¿Se conoce Cádiz á sí misma? Yo no lo sé. Me han dicho que dentro de poco va á celebrar una Exposicion provincial lo cual es un medio de conocerse; tampoco estoy seguro, y esta es la hora en que desconozco por completo, á pesar de ser Comisario de España en la Exposicion de Paris, qué es lo que va á venir de Cádiz al palacio del Trocadero y al Campo de Marte. Si yo fuera persona influyente ahí, si así como me favorecen atendiéndome en algunas otras provincias de España, me atendiese Cádiz, haria la Exposicion de la siguiente manera:

Principiaria por lo pasado: enviaria aquí una muestra siquiera de algo que hubiera pertenecido á la antigua Gades. Un objeto de arte, un producto industrial, un rasgo intelectual escrito en un papiro, en un pergamino ó en una piedra. Algo que dijera, algo que fijase un hecho de lo que Cádiz fué, ya que no es posible

nombrar á Cádiz sin acordarse de Fenicia, de Grecia, de Roma y de Egipto. ¿Hay algo ahí que lo revele? Pues venga; que gozo grande daremos aquí á Quatrefages y á Longperier y á los demás hombres que estudian en el pasado, para mejorar lo presente. ¿No tienen las familias en algo sus pergaminos y sus blasones? Pues esos son los blasones y los pergaminos de Cádiz, y cuando se tiene por lema las columnas de Hércules y se dice: *Non Plus Ultra*, nobleza obliga.

Veamos qué haria con lo presente. Comenzaria por averiguar cómo se agitan los espíritus de los gaditanos, y eso se encuentra en la manera de cultivar sus bellas artes. ¿No vendrá de ahí un cuadro, una escultura, un dibujo, un modelo arquitectónico ó un grabado? ¿Es que no lo hay, ó es que no se envían?

Si no podemos ver la idealidad gaditana en la Exposicion, veamos al menos cómo se dirige, se educa y se ilustra esa idealidad. Esto podriamos saberlo trayendo á Paris los trabajos de los niños que hoy concurren á las escuelas, lo cual vendria á demostrar el grado de ilustracion que aspiremos á dar á la juventud que ha de reemplazarnos, para ver si llega á ser más dichosa que la nuestra. Esto que digo con relacion á la primera etapa de la enseñanza, lo digo así mismo con relacion á la segunda y á la tercera. Dada la educacion intelectual, justo es que sepamos cómo entiende Cádiz la educacion fisica del hombre, la educacion religiosa, la educacion filosófica profesional y de adorno. Al hablar del hombre, se sobreentiende, señora mia, que hablo también de la mujer, y no en segundo término, porque la mujer como madre, no tiene superior. En medio de los trabajos de mi vida, ha sido para mi entendimiento agradable y dulce consuelo, el estudio de la mujer, y desde la Virgen á Santa Teresa, desde Eva hasta Judit, desde Catalina de Rusia hasta las harpias de la Commune, objeto han sido de afanosos estudios por mi parte. Cuando los trabajos áridos del raciocinio secaban mi humilde cerebro, acudia al estudio de los sentimientos, y los sentimientos no se estudian sino en la mujer, que es la flor de la vida humana.

¿A dónde vá la educacion de la mujer de Cádiz? ¿Hacia dónde camina? ¿Qué será la mujer del siglo futuro? ¿No vendrá á la Exposicion algun objeto que lo demuestre?

Propósito debe ser de la humanidad tener grandes materiales para difundir la instruccion, y yo recuerdo haber visto que Cádiz los tiene. En la imprenta, en la libreria, en el dibujo, en la fotografia, en los instrumentos músicos, y en los instrumentos de precision, Cádiz ha dado aisladamente pruebas de grande inteligencia. El primer silabario en que aprendí las letras estaba impreso en Cádiz: los primeros instrumentos de música que vi estaban contruidos en Cádiz también: el primer médico que ejerció su ciencia sobre mí en Cádiz se llamaba Benjumeda y era un hombre de gran saber: el primer instrumento de precision español que yo he contemplado, lo vi en el Observatorio astronómico de San Fernando. Su autor se llama Torres.

De todo esto deduzco que Cádiz tiene de todo lo que acabo de decir. Con esos modestos materiales se han formado hombres de gran valia bajo el punto de vista de la higiene, de la medicina, de la cirugía, de la política y de la ciencia: ¿á qué nombrarlos?

Las efemérides del Observatorio de San Fernando se obedecen así en Pultowa como en Greenwich: el estudio de la Geografía y de la Cosmografía ha dado á Cádiz grandes hombres también; la poesia y la literatura, ha alcanzado ahí alto renombre; la música y sobre todo los cantos populares, merecen ser aquí conocidos. ¿No vendrá nada de todo esto? ¿No se conocerá aquí ni la guitarra, ni la bandurria, para que en las audiciones musicales que va á haber en el Trocadero se embriaguen los oyentes con las dulces melancolias de la sierra que recuerdan las guzlas moriscas que con tanta gentileza tañían los zambranos marroquies? ¡Lástima y grande que esto no se realice! Vd., señora, tiene la fortuna de dirigir una revista ilustrada con su talento y con el de los notables colaboradores de ambos sexos que le ayudan; Vd. tiene obligacion de desarrollar con su notoria habilidad estas ideas influyendo poderosamente en el ánimo de los gaditanos para que traigan aquí sus preciosos productos tales como son, que harto valen, y no ha de faltar aquí ni quien los exponga, ni quien los defienda ante el gran jurado internacional.

Hay en el programa de la Exposicion un grupo, con el cual seguramente podria figurar Cádiz de una manera levantada. Aludo al mueblaje y demás accesorios para la habitacion. En esto se refleja por un lado el buen gusto y por otro el bienestar de los habitantes de un pueblo. En los países cuyo clima es ingrato y cuyos habitantes tienen que vivir encerrados dentro de los edificios, porque la nieve, el hielo, los vientos y las aguas impiden durante muchos meses el recreo y la circulacion externa, se explica que se preocupen mucho del lujo y de la comodidad del albergue; pero en los países cálidos como Cádiz, donde se vive mucho en la calle, parece que este ramo de la comodidad y de la industria humana, debiera estar descuidado, y no es así. He tenido el honor de ser recibido algunas veces en las casas más importantes de Cádiz, donde he visto con asombro muebles, decoraciones y obras de tapicería interesantes.

Hé visitado los almacenes y los talleres y he visto que ahí se construyen objetos preciosos. ¿Por qué no ha de venir aquí siquiera un ejemplar para demostrar que aunque somos vecinos de Africa, no se sientan los gaditanos ni se recuestan sobre alcatifas? Hay en esa provincia mucho que pasa desapercibido, y una de las cosas, que al parecer no tiene importancia general, pero que para mí tiene mucha, es la parte de la cerámica popular, que ha dado en llamarse la cacharrería. Muchas veces he contemplado las líneas de un puchero, de una alcarraza, de una otra vasija cualquiera, hecha por los alfareros de la provincia de Cádiz, y no sólo he visto líneas que recuerdan el estilo cartaginés, tunecino y marroquí, sino que he visto rasgos caprichosos salidos del ingenio del alfarero gaditano, que valen mucho más que los de Florencia y los de Sevres; y ya que de Sevres hablo, diré á Vd. que ayer, estudiando aquel Museo, con su director monsieur Robert, me daba pena ver cómo está tratada España. El Museo de Sevres se divide en tres secciones. Los talleres, que están vacíos porque el trabajo está muerto en ellos, y lo estará más, cuando Zuluaga comience á trabajar en la fábrica que se está construyendo en la Moncloa: el Museo de las obras propiamente de Sevres, y el Museo antiguo, donde está la cerámica de las demás naciones. Lástima dá ver la coleccion que tienen de España, y limitándome á la cacharrería, y contrayéndome precisamente á una vasija, que es comun en el país, que es la alcarraza, diré á Vd. que alguna de las medianas que están en los bazares de los pueblos de esa provincia, es más elegante, fina y delicada que las que aquí tienen guardadas entre cristales procedentes de España. Si lo que se hace ahí en barro blancocino y grosera arcilla, se hiciera en kaolin, como espero que se hará en la incipiente fábrica española, es posible que así como Roma no usaba más ánforas que las saguntinas, es probable que Europa no use más que las piezas de la Moncloa.

Hay otro objeto curioso y que he tenido ocasion de admirar más de una vez: aludo á las filigranas que hacen los plateros de esa provincia. Recuerde Vd. los zarcillos y las arracadas de las aldeanas, y las botanaduras y cabetes de las chupas, calzonas y calzones de punto de los majos. Tienen tanto que aprender los orifices europeos de todo eso, que como viniera una coleccion de ello, siquiera una sola muestra por clase, cerrarian sus aparadores genoveses y venecianos.

Dejando á un lado el mueblaje, ocupémonos de otro ramo de la industria en que el arte despliega toda su brillantez, todo su sentimiento y toda su fantasía. Aludo al ropaje del hombre y al de la mujer. Si la inconstancia humana, si la sed de la variedad, no estuviese en constante movimiento y estudiásemos la galanura y el donaire del vestido de la mujer, desde el precioso calzado hasta la vaporosa mantilla, á través de la cual brillan los arabescos ojos de las damas de ese país, preciso era arrepentirnos de venir á buscar modelos en los *Boulevares* de Paris, donde se crean las modas, que analizadas minuciosamente, son las más de las veces objetos de mascarada. ¿Quiénes inventaron los vestidos largos? Las mujeres que á causa de su excesivo tamaño no podían enseñar sus piés. ¿Quiénes inventaron los talles altos? Las contraechas. ¿Quiénes inventaron los sombreros y los postizos en la cabeza? Las que no podían lucir las magníficas crenchas de cabello que forman el precioso cuadro de los rostros gaditanos. ¿Quiénes inventaron la pintura, los esmaltes y las cascarillas? Las de piel granugienta, curtida y arrugada, las descoloridas y las de cutis sanguíneo y herpético, y si de pinturas fuese á hablar, señora mia, mucho pudiera decir, porque el que quiera conocer los efectos de la química, más los pudiera estudiar en los teatros y en los *Boulevares* de Paris que en los laboratorios de Leipzig y de Ratisbona.

Hagamos punto, para no caer en desgracia con las que puedan sentirse aludidas, que mucho me pesaria, aunque por mi edad esté ya fuera de cierta clase de peligros. Lo interesante es que venga aquí algo que haga conocer á las gentes de todo el globo que aquí han de asistir, cómo se visten las gaditanas y los gaditanos, y si tienen medios propios dentro de su provincia, para construir sus ajuares.

Permitame Vd. que termine esta carta, que vá demasiado larga, para ocuparme en la última de lo que se refiere á otras producciones de más serio carácter y que hacen aquí falta para aumentar el brillo y el esplendor de la provincia de Cádiz, que es el más vivo deseo de su respetuoso admirador,

J. EMILIO DE SANTOS.

Á GIACINTA PEZZANA DE GUALTIERI.

I.

Naciste en la bellísima comarca,
Donde alcanzó Petrarca
Para su augusta sien el lauro eterno;
Donde Beatriz cruzóse en el camino
Del triste Gibelino,
Cantor del Paraíso y del Infierno.

II.

Dó pintó Miguel Ángel el pasado,
Que se retuerce airado,
En la convulsa, mágica Sibila;
Y la cándida aurora en el Profeta,
Del porvenir atleta,
Que lleva algo de Dios en la pupila.

III.

En un nido de dulces ruiseñores;
En la mansion de amores
Donde del arte se levanta el solio;
En la tierra que se alza el Vaticano,
El norte del cristiano,
Y el templo de la gloria, el Capitolio.

IV.

Italia, como España, sin fortuna,
Aunque del genio es cuna
Y de la historia corazon gigante,
Y eje del mundo y madre de la idea,
Condenada voltea
En los eternos círculos del Dante.

V.

Allí también naturaleza santa
Eterno idilio canta,
Se templa el Sol, el huracán se doma,
Brotó el laurel, perfúmase el ambiente
Es más clara la fuente
Y arrulla más amante la paloma.

VI.

Por eso mi nación de amor palpita
Por la tuya bendita,
Gran corazón de la latina raza;
Y no sólo las une en maridaje
Amor, gloria y lenguaje
La misma desventura las enlaza.

VII.

Lloraba yo del arte el decaimiento
Cuando tu dulce acento
Vibrando como un arpa enamorada,
Me hizo la vista en tí clavar resuelta
Quedando mi alma envuelta
En la explosión de luz de tu mirada.

VIII.

Ante mis ojos ensanchóse el mundo,
Al salir del profundo
Triste letargo que me hiciera guerra,
Como al tocar la cúspide del monte
Se ensancha el horizonte
Y se dilata á nuestros pies la tierra.

IX.

Circuló entonces por el cuerpo mío
Del entusiasmo el frío;
Al magnético influjo de la artista
Latió mi corazón apresurado,
Y te admiré extasiado
Muda el habla y atónita la vista.

X.

Y ni fui de mi dueño, ni hallé calma,
Arrastrabas mi alma,
Lo mismo á la ventura que al quebranto;
Mi voluntad esclava te seguía,
Con tu risa reía
Y arrancábame lágrimas tu llanto.

XI.

Y te ví dar del genio al pensamiento
Voz, forma, vida, aliento,
Por sobrehumano espíritu inspirada,
Y resolver el mágico problema
De encerrar un poema
En la actitud, el gesto ó la mirada.

XII.

La súplica que tiembla congojosa
Como un ave medrosa,
El ¡ay! desgarrador que al alma apena;
La plegaria que busca lo infinito,
El destemplado grito
Del dolor ó la duda que enagena;

XIII.

El habla del amor, que es un gorjeo
Ó angélico aleteo,
La balbuciente voz de la mentira,
La carcajada, el llanto y el gemido;
Todo humano sonido
Que halla un eco en las cuerdas de la lira,

XIV.

Tu flexible garganta lo articula
Cual la alondra modula
Su dulce trino al remontarse al Cielo;
Y el corazón, cuando tu acento vibra,
Queda herido en la vibra
Del espanto, el amor ó el desconsuelo.

XV.

Porque tu genio á simular alcanza,
Lo mismo la esperanza,
Que dulces sueños en el alma evoca,
Que la pasión que ruda nos combate
Con el furioso embate
Del irritado mar contra la roca.

XVI.

Y ríndense á tus pies el hombre frío,
El monstruo del hastío,
Y de la indiferencia el baluarte,
Si al remover del alma las pasiones,
Tocas los corazones
Con la varilla mágica del arte.

XVII.

Y cuando tiendes á la altura el vuelo,
Como deja en el Cielo,
Ráfaga luminosa, astro errabundo,
Te siguen, en tu curso de cometa,
El canto del poeta
Y la entusiasta admiración del mundo.

J. P. VELARDE.

Sevilla, Diciembre 1877.

(ÍRIS DE PAZ.)

Bajando va por el freñoso valle
Corriente cristalina,
Abriendo presurosa estrecha calle
En la espadaña que al pasar se inclina
Y le ruega que calle.

De la tendida vega allá en el fondo
Vió la pobre corriente desde el monte,
El seno al contornear ancho y redondo
Como cinta de luz, del horizonte
Bajar un río turbulento y hondo.

Le vió, le amó, saltó de roca en roca:
Le llamó sollozando porque espere:
La verdura apartó que la sofoca:
Y en el seno del río por fin muere,
Espumante, deshecha, impura, loca.

Ella dejó de ser, no el ancho río,
Que sus riberas son más y más largas.
Su pureza bebió caudal bravo
Deshecha en gotas, lágrimas amargas,
Que enriquecieron de él, el seno frío.

JOSÉ DE ECHEGARAY.

Madrid: 1877

Á MI ILUSTRE Y RESPETABLE AMIGO
EL EMMO. SR. CARDENAL PATRIARCA DE LAS INDIAS

D. F. BENAVIDES.

(ENTREGADO AUTÓGRAFO.)

Deshaciendo sofismas y quimeras
Que la impiedad levanta á cada instante,
Va á la verdad la Iglesia militante
Con la cruz estampada en sus banderas.

Arroja, sin dudar, de sus trincheras
Al error indeciso y vacilante,
Y surge, tras la lucha, más brillante
La luz de las doctrinas verdaderas.

Del mal vencida la impotente saña
Le vuelve vida á dar el desaliento
Que á la causa de Dios en tanto daña:
¡Oh, noble campeón!... Que tu ardimiento
En favor de la fé, devuelva á España,
Su poder, su virtud y valimiento!...

PATROCINIO DE BIEDMA.

Madrid: 1875.

EXPLICACION DEL GRABADO.

VISTA DEL BOSQUE DE BOLOGNE EN PARÍS.

Curioso espectáculo nos ofrece un grabado antiguo
que hace palpar ante nuestros ojos la vida del pasado.
La vista del Bosque de Bologne hace 20 años, es
hoy interesante porque da una idea clara y perfecta

de aquella época. Coches, trajes, sombreros... todo ha
cambiado de una manera tal, que apenas si podemos
acostumbrarnos al cuadro que se nos ofrece. La hu-
manidad cambia constantemente en su exterior y en
su interior: si pudiésemos reproducir cuadros morales
acaso nos asombrase la diferencia aún más que en los
de sociedad.

LO QUE NO PUEDE DECIRSE.

DRAMA DE D. JOSE DE ECHEGARAY.

ACTO TERCERO

RETIRADO DESPUES DEL ESTRENO PARA SUSTITUIRLO
POR EL QUE HOY LLEVA.

La misma decoracion de los dos actos anteriores. Es de
noche. Una luz en el velador. El resto de la habitacion
en sombras.

ESCENA PRIMERA.

EULALIA, GABRIEL.

(Los dos sentados junto al velador: ella bordando: él silen-
cioso y pensativo.)

GABRIEL. Madre...

EULALIA. ¿Qué quieres, Gabriel?

GABRIEL. Mister Patrick entró esta tarde por ahí... (seña-
lando á la puerta de escape) por esa puerta: no
por la principal: (señalandole á la de la derecha,
segundo término.) ¿No es cierto?

EULALIA. No lo sé. ¿Haces unas preguntas tan extrañas!

GABRIEL. ¿No lo sabes? Pues yo lo sé. Cuando vine, esa
puerta estaba cerrada: bien lo recuerdo. ¿Cómo
pude fijarme en este pormenor, al parecer sin
importancia, y en aquellos momentos, me pre-
guntarás tal vez; y yo no sabré contestarte;
pero estas cosas suceden ni más ni menos que
como yo te digo.

EULALIA. En las circunstancias en que nos hallamos, y
con los disgustos que tenemos, ¿ocurrencia es,
hijo mío, empeñarse en averiguar por qué puer-
ta entró Mister Patrick!

GABRIEL. Pues qué quieres? A mí me ocurren estas co-
sas. (Pausa.) Yo no me fijé por entonces, ni en
esto, ni en nada, más que en mi padre; y sin
embargo, parece como que ciertos objetos pe-
netraron en mí, y en mis pupilas quedaron
grabados; y luego, cuando me dejasteis solo,
al recordar aquella tristísima escena, brotó es-
pontáneamente en mi memoria la de la imagen
de esa puerta: y te digo que estaba cerrada.
(Con cierta terquedad de pensamiento.)

EULALIA. Bueno; pues cerrada estaría, como lo está
siempre. Déjate de puerilidades, Gabriel.

GABRIEL. Ah! tú lo has dicho: como lo está siempre. Pero
es el caso que luego, cuando se nos presentó
Mister Patrick, abierta la ví, con que por ella
entró.

EULALIA. Me fatiga tanta insistencia sobre tan pequeña
cosa.

GABRIEL. ¡Pequeña! Pequeña es una piedrecilla que se
desprende, y alguna vez tras ella se viene aba-
jo una montaña. ¡Como indicio nada es peque-
ño! ¡Quizá en un rasgo insignificante está es-
crita toda la historia de un abismo! ¿Por qué
vino Mister Patrick por ahí, sin anunciarse, de
repente, á escondidas? ¿O por qué estaba ocul-
to oyéndonos? ¿Ni qué le importan á él las
desdichas de nuestra familia? Confiesa que
todo ello es muy extraño. Luego, yo he enla-
zado con esta puerilidad, como tú la llamas,
otras puerilidades anteriores... ¡Ruindades, pe-
queñeces, granos de arena, hilos de araña, si
quieres! Pero de granos de arena están hechos
los mundos, y de hilos de araña tejidas las
existencias, y de ruindades se compone la vi-
da... ¡sobre todo cuando de ruindades se trata!

EULALIA. Tu imaginación se extravía, Gabriel. Me das
miedo, hijo mío. ¿Cómo brilla tu mirada!

GABRIEL. Qué me extravío, dices? Sí; porque caminos
extraviados siguen otros en cuya busca voy:
fuesen en línea recta y á buen seguro que yo
de ella me separase. ¿Qué te doy miedo? ¡Qué
mucho, si de mí mismo lo tengo! ¿Qué brillan
mis ojos? Ah! cuando el cerebro arde por sus
ventanas salen los resplandores del incendio.

EULALIA. En todo piensas, menos en lo que debieras
pensar: que es en arrepentirte. ¡Cuán cruel,
cuán injusto fuiste para con tu desgraciado
padre!



Vista del bosque de Bologne en el año 1850, y modas de aquella época.

GABRIEL. No fui yo: fué algo que dentro de mí se agita-
ba y que se agita todavía. Fué el demonio de
la duda que me mordió en el corazón.

EULALIA. ¡Dudar de Jaime! Mira, ni tú, ni yo, ni Fede-
rico, somos dignos de besar el polvo que ha
pisado.

GABRIEL. (Con alegría y con ansia.) ¿Verdad que no?
Háblame así.

EULALIA. Mucho te quiero, Gabriel, pero esta tarde, al
oírte, hubo un momento en que casi te aborre-
cí: si aborrecer puede una madre á su hijo.

GABRIEL. Sí, aborrecíme madre mía. Tú no puedes com-
prender el monstruo que has engendrado en
mí. Yo busco lo evidente en todo, y si no lo
encuentro, no hay cosa que yo no manche con
mis horribles dudas. Mi padre era para mí el
ideal de la humana perfección...

EULALIA. Y lo es! Créeme.

GABRIEL. Ya lo sé. Pero antes, nunca había analizado
estos pensamientos: mi fé era la de un niño,
¡tan pura, tan tranquila, tan ciega! Y hoy, por
vez primera, los sometí al análisis: y cuando
se analizan ciertas cosas, ¡Dios mío, qué abis-
mos tan horribles se abren ante nosotros! Por-
que, quien dice hombre, siquiera ese hombre
sea nuestro padre, dice fragilidad humana: y
quien dice voluntad, dice algo que las pasiones
pueden torcer del siniestro lado: y quien dice
fé en humana virtud, dice menguada fortaleza
que jamás resiste al formidable asalto de la
duda, como la duda se empeña en penetrar.

EULALIA. Ay, Gabriel, tiemblo al oírte; pero solo por tí,
hijo mío. No por Jaime, ménos por mí: nuestra
vida acaba. La tuya empieza, ¿y qué esperas
de la vida, desdichado, si con tales ideas entras
en ella? Quien duda de su padre...

GABRIEL. No dudo. Ea: ya he dicho que no quiero du-
dar... y que no dudo. (Todo esto con tono som-
brío, como espantado de sí mismo.)

EULALIA. Pero has dudado.

GABRIEL. Un instante: sólo un instante: fué un relám-
pago de sombra.

EULALIA. Relámpago tan negro, que deslumbrado de
tinieblas estas todavía.

GABRIEL. Lo estoy; pero ya iré viendo.

EULALIA. ¿Qué has de ver tú, infeliz? Quien imagina
vilezas en su padre, ¿qué verá en los demás
hombres? ¿En qué amistad tendrá confianza?
¿En qué virtud tendrá fé? ¿En el amor de qué
mujer, por pura que sea, creará?

GABRIEL. ¡En el de María!

EULALIA. No.

GABRIEL. Sí, madre, ¡que aún creo en ti!

EULALIA. (Casi con terror.) ¿En mí?

GABRIEL. Sí: en tí, madre. (Con arranque de gozo.) ¡Ya
sabía yo que aún creía en algo! (Pausa. Des-
pués con tono dulce y apasionado.) ¡Tu voz! ¡Su
nombre! dan calma á mi espíritu. Háblame de
ella, madre. (Cogiéndola cariñosamente y obli-
gándola á ir al balcón.) Ven conmigo: acércate
aquí. Déjame buscar en el mar de mis dolores,
entre las tempestades de mi corazón, bajo las
negras nubes de mi pensamiento, la luz purísi-
ma del único faro que á lo lejos me alumbraba.
Mira, madre, aquella es su casa. Muy oscura
es la noche, pero entre las tinieblas se vé á
manera de un cuadro luminoso: es su balcón.
Cerrados están los cristales, las blancas corti-
nas tendidas, una sombra de gentiles contornos
se dibuja un punto en ellas, y luego pasa, y al
fin se desvanece: ¡es María! ¡Dudar de ella!
¡Nunca! ¡Se duda de los hombres: de los ánge-
les, no! ¿Por qué me has dicho... aquello que
yo te oí? ¿Qué cruel has sido, madre!

EULALIA. (Con enojo y hasta con celos.) Más lo fuiste con
tu padre, y era tu padre! Que María... María
no es aún tu esposa y no permita Dios que
lo sea. Huye de María, hijo mío, aparta de ella
tus ojos.

GABRIEL. Para fijarlos en qué? En lo que nos rodea!
Para ver qué? Desencanto, y duda, y deshonor!
Pues qué más hay? Qué resta?

ESCENA II.

EULALIA, GABRIEL, FEDERICO.

(Este último ha entrado por la derecha, primer término, á
tiempo para oír las últimas palabras de su hermano.)

FEDERICO. Qué resta? Para mí nada: bien dices.

EULALIA. Federico!... (Eulalia y Federico se sientan jun-
to al velador: Gabriel queda en pie y en la som-
bra que dá la pantalla de la luz.)

GABRIEL. Para tí todo; pues la felicidad te espera.

FEDERICO. Inútilmente porque no he de ir á buscarla.

EULALIA. Tu padre lo exige.

FEDERICO. Y yo no he de aceptar su sacrificio.

EULALIA. Mal le conoces, si presumes vencerle en gene-
rosidad.

FEDERICO. Cederá á la razón.

EULALIA. No cedió esta tarde.

FEDERICO. Es que al verme en sus brazos; al oírme llamar
hijo, como jamás me había llamado, todo lo pu-
se en olvido; pero sin renunciar á mi pensa-
miento. No: ahora ménos que nunca.

GABRIEL. Creo que llaman.

EULALIA. Será tu padre.

GABRIEL. O quizá Don Joaquín. Todas las noches viene
á esta hora, y aún creo que ya se retrasa. (Eula-
lia y Federico se levantan y se aproximan á la
puerta de la derecha, segundo término.)

EULALIA. No: tu padre es.

ESCENA III.

EULALIA, GABRIEL, FEDERICO, JAIME.

(El último por la derecha, segundo término, en traje de
calle.)

EULALIA. (Saliéndole cariñosamente al encuentro.) Jaime...

FEDERICO. (Lo mismo.) Padre mío... (Gabriel queda siem-
pre en pie inmóvil y sombrío junto al balcón:
Eulalia, Jaime y Federico formando un grupo
se aproximan al proscenio.)

EULALIA. Vienes cansado?

JAIME. No.

FEDERICO. Vienes triste?

JAIME. Triste! Cómo ha de estar triste un padre que se
prepara á dar la felicidad á su hijo? (A Fede-
rico.)

FEDERICO. Pero á tal precio que el hijo no la acepta.

JAIME. Vamos, no digas eso. Yo, de buena voluntad
haré lo que voy á hacer. Yo soy hombre que
se complace y goza en reparar sus faltas. Por
muchos años fui contigo... no sé porqué; pero
ello es que fui un mal padre. Y tú, á pesar de
mi despego, has sido siempre un buen hijo...
un verdadero hijo, que me ha querido, que me
ha respetado, que jamás dudó de mí... Nada,
nada: te digo que no es un sacrificio. (Aparte
pasando á la izquierda.) (Además, el mal rato
de tomar con una mano y dar con la otra pron-
to pasa.)

FEDERICO. Sacrificio es para tí y yo estoy resuelto á no
aceptarle.

JAIME. Con qué no? Quisiera yo ver cómo. No se hable
más del asunto: será, porque yo quiero que sea.
(Aparte.) (Y muy pronto que Mister Patrick
es puntual.)

FEDERICO. Perdoname, pero no es justo...

JAIME. Lo que no es justo es que tu pierdas lo tuyo, y
tu dicha, y tu porvenir por añadidura, á causa
de las murmuraciones de unos cuantos ó ne-
cios, ó tunantes. Lo que no es justo es que yo
deje de serlo por miedo al qué dirán. Nada...
nada... (Interrumpiendo á Federico que quiere
hablar.) No oigo observaciones: por última vez
te mando con imperio y con dureza: no dejes
tú por vez primera de obedecerme como siem-
pre sumiso y respetuoso.

FEDERICO. (Aparte á su madre.) (No será, madre mía.) (Se
sienta al velador.)

EULALIA. (Lo mismo á Federico.) (Y porqué, Federico?
Lo que pasó ya para nosotros no tiene remedio
y lo tiene para tí. De tanto mal y tanto daño
recojamos el único bien posible: tu dicha.)

JAIME. (Que ya se habrá sentado junto al velador, con
Eulalia y Federico, á Gabriel que habrá queda-
do junto al balcón.) Y tú? Ahí estas oyéndo-
nos, y nada dices. Eh! vamos, mal genio ¿por-
qué no te acercas á mí?

GABRIEL. (Dando unos pasos hacia su padre y con voz
triste pero respetuosa.) No tenía sitio junto á
tu corazón, mi madre y mi hermano lo ocupa-
ban todo.

JAIME. ¡También envidioso! Siempre hay sitio en un co-
razón cuando sabe buscarse.

GABRIEL. Pero no cuando se ha cometido la torpeza de
perderlo.

JAIME. Bien sabes tú, que no lo has perdido.

GABRIEL. (Acercándose más.) Bien quisiera que me lo
repitieses.

JAIME. Hola! buscas que te regale el oído? Regalon
eres de veras. Pues no he de repetirlo, porque
no quiero hablar más de estas cosas. Lo pasa-
do, pasado está. Vamos al presente, que mucho
hay que luchar y contra muchos.

EULALIA. Buen ánimo traes, Jaime.

JAIME. Para todos me sobra, ménos para uno. De todo
me consuelo, ménos de una cosa. Tempestades
de allá fuera, vengan á mí ¡qué yo las afronto!
Pero ¡ay! que el corazón me falta, si en el co-
razón me hieren. (Mirando á Gabriel intenciona-
damente.)

GABRIEL. Por algo dudaba yo de tu perdón.

JAIME. De qué no dudarás tú?

EULALIA. No, Jaime, ahora eres injusto. Yo sé que Ga-
briel está arrepentido, muy arrepentido.

JAIME. Si yo leo en sus ojos! si yo le conozco bien!
(Gabriel continúa en pie ante su padre, triste,
abatido y sin voluntad al parecer para defen-
darse.)

EULALIA. Jaime... ¡por Dios!... digiste que lo pasado, pa-
sado estaba

JAIME. Razón tienes; pero estas cosas son más fuertes
que yo. Ea! perdóname. (A Gabriel.)

GABRIEL. (Acercándose con afán.) Yo perdónarte!

JAIME. Sí: porque en esta ocasión, mía es la culpa.

EULALIA. Lo mejor es que no se hable de esto una pala-
bra más.

JAIME. (Levantándose y dando la mano á Gabriel afec-
tuosamente.) Tu madre ha dicho la última.
(Pausa: se pasea y mira al reloj de una mesa.
Aparte.) (No falta mucho para que venga Mis-
ter Patrick, pero no subirá hasta que yo le avi-
se. Mandaremos á los chicos á dormir y á Joa-
quín á su casa. Y apropósito...) (En voz alta.)
¿No ha venido Joaquín ó está allá dentro?

EULALIA. No: no ha venido.

JAIME. Es extraño: todas las noches está aquí á las
nueve en punto y son más de las diez. Y bien
sabe que tenemos mucho que trabajar.

FEDERICO. Yo te ayudaré si quieres.

JAIME. No, Federico. Nada puedo hacer sin él.

EULALIA. Escucha... me parece que ahí está.

FEDERICO. (Asomándose á la puerta.) Sí: él es.

ESCENA IV.

EULALIA, JAIME, GABRIEL, FEDERICO, DON JOAQUÍN.

(Este último por la derecha, segundo término.)

JAIME. (Saliéndole al encuentro y dándole una amistosa
palmada en el hombro.) Hola! muchacho, has
tardado en venir, perezoso.

D. JOAQUÍN. Antes vengo de lo que tú quisieras y de lo que
quisierais todos.

EULALIA. (Que continúa sentada y en su labor.) Por qué
Don Joaquín? Por qué dice usted eso?

FEDERICO. Alguna mala noticia?

D. JOAQUÍN. Para vosotros tal vez no lo sea: (Con intencion.)
para mí no ha podido ser peor.

JAIME. Haz cuenta con que no te comprendemos.

FEDERICO. Ni una palabra, Don Joaquín

D. JOAQUÍN. (A Federico.) Con que no comprendes? Ps... lo
que es tú, en verdad que no tienes porqué apu-
rarte. Oye, chico, recibe mi enhorabuena: gran
boda: quién lo pensara! (Con intencion cada vez
más marcada, y con acento cada vez más pun-
sante.)

GABRIEL. No sabemos todavía...

D. JOAQUÍN. Es curioso! Con que no lo sabeis? Pues sereis
los únicos que los ignoren. En fin, todo sea
para tu bien. Dadme, dadme acá una silla;
porque os digo que mi cabeza no está muy se-
gura y que mis piernas andan algo flojas. (Le
dá Federico una silla y se sienta cerca de la bu-
taca que ocupa Eulalia, pero hacia el centro: Fe-
derico pasa al otro lado del velador y se sienta
también: Gabriel y Jaime quedan en pie junto á
Don Joaquín.) Teneis una habitacion tan alta,
que para mi edad es ya demasiada escalera. Yo
no puedo con esto. Así es que me parece que
no he de visitaros tanto como ántes.

JAIME. Joaquín! qué estás diciendo?

EULALIA. Pero Don Joaquín, qué es esto? Tiene usted
alguna ofensa con nosotros?

GABRIEL. (Aparte.) (También él nos desprecia!)

D. JOAQUÍN. No hay que apurarse, que todo se remediará.
Ah, diablo de cabeza! (Pasándose la mano por
la frente.)

JAIME. Joaquín, tú tienes algo.

EULALIA. Pero qué tiene usted? (Con solicitud y afecto.)

D. JOAQUÍN. Nada: nada: si digo que nada.

JAIME. Si estabas malo, por qué has venido?

D. JOAQUÍN. La costumbre. Además, era preciso que viniese
á traerte algo importante, que esta noche me
dieron para tí en el Ministerio. Tú supongo que
no has ido por allá.

JAIME. No: no tenía nada urgente á la firma.

D. JOAQUÍN. Sí: lo comprendo: claro. Qué son ya para tí ofi-
cinas y expedientes?

JAIME. Joaquín!

GABRIEL. Basta de reticencias!... Yo exijo.... (Sin poder contenerse.)

D. JOAQUÍN. Esas tenemos! Cómo nos envalentona el ser ricos! Hombre, no te enfades! (A Gabriel.) Pues qué he dicho?

GABRIEL. Don Joaquín!

JAIME. (A Gabriel.) Espera: ten calma: la tengo yo. Nuestra amistad tiene de fecha cuarenta años: yo sé que no quiere ofenderme. Habla sin reboso. (A Joaquín.)

D. JOAQUÍN. Hable por mí, esto que te traigo. Aquí tienes tu oficio. (Buscando en los bolsillos y sacando un papel en sobre abierto.) No: este es el mío. El tuyo en el otro lado viene. (Sacando otro oficio en sobre cerrado.) Lo puse aparte: no quise que estuvieran juntos. Tampoco nosotros hemos de estarlo ya nunca. (Con cierto encono.)

JAIME. Ya me explicarás esas palabras. (Con tono duro.) Pero antes dame.

D. JOAQUÍN. Qué más explicaciones que la que ahí te da su excelencia. Por qué? Porque sí. (Le entrega el oficio a Jaime. Eulalia, Gabriel y Federico se agrupan con ansiedad á su alrededor. D. Joaquín siempre sentado les observa atentamente. Don Jaime lee.)

(Continuará.)

LITERATURA EXTRANJERA.

LA ROCA DE TREGUNC.

LEYENDA BRETONA POR KATHERINE S. MACQUOID.
Traducida para el CÁDIZ por *.

(CONTINUACION.)

CAPÍTULO V.

Las proposiciones de Lao.

Volvemos á encontrar á Annik y no tan contenta como la primera vez que se apareció á nuestra vista.

Está sentada en los escalones de la antigua cruz de piedra, primitivamente blanca y ahora de un gris oscuro, que indica la proximidad de la iglesia; no lejos de la granja, cuya vista oculta el alto castaño de extensas ramas, que digimos había á la puerta: está triste, muy triste la niña; y aunque pocas personas pasan por allí á aquellas horas, sin embargo oculta el rostro entre las manos, para ocultar el rubor de que se halla cubierto, y quizás, quizás las lágrimas que corren por sus mejillas. Lucha con el disgusto punzante de tener que dejar á Kérion, y con la vergüenza de verse sola en el mundo y sin familia, ni pariente alguno á quien acudir, fuera de Mathurin Guerik. Éste la había hablado duramente aquella mañana, muy duramente. La dijo que estaba ya muy cansado de tenerla en la granja, y que tenía determinado un buen matrimonio para ella, que la convenía mucho, y que las formalidades estarían muy pronto terminadas, porque quería que quedase pronto efectuado. La niña había contestado con aire altivo y malhumorado, que no quería casarse, y sobre todo que no reconocía en nadie el derecho de escoger marido para ella. Después de esta violenta escena, acongojada, triste y llena de vergüenza había venido á aquel lugar.

Después de la marcha del señor cura Lao Coñtfrec no había dejado ni un día de visitar la granja, y Annik comprendió que el marido futuro era él sin duda alguna.

Diversas veces la anciana Barba había avisado á la niña para que cuidase mucho del dinero que tenía su tío en depósito, porque no lo creía muy seguro; había consultado con su único amigo que era el P. Pedro, y éste le había dicho: «que no teniendo familia y no queriendo entrar en un convento, tuviese paciencia y confianza en Dios; que necesitaba una familia, porque sola no podía ir por el mundo.»

—Desearía que el señor cura estuviese de vuelta porque sólo él podía aconsejarme y decirme qué partido he de tomar. Y veríamos qué decía ahora; yo no puedo continuar aquí; y me parece mucho más fácil que una pobre, que nada tenga, pueda encontrar donde estar, que encontrarlo yo.

Cruzó sus manos con desesperación y lloró desconsoladamente, porque su situación era en realidad muy triste.

—De repente vió una sombra ante ella; levantó la vista y reconoció á Lao Coñtfrec.

—Buenos días, hermosa Annik, dijo sentándose á su lado sin más ceremonia y sin aguardar siquiera la contestación.

Annik se puso encendida de indignación; porque estando acostumbrada á que Silvestik y todos los jóvenes del pueblo la tratasen con cierto respeto, encontró los modales de Lao cuando menos impertinentes. Le miró pues con altanería; pero al observar la suplicante mirada de Lao,

se dulcificó un poco, porque pensó ¡pobre inocente! que él no podía esperar que lo amase y que no tenía necesidad de ser dura con él, además de no quererle.

—Ha vivido Vd. siempre en Auray antes de venir á Kérion?

—Sí, murmuró Annik; mi madre, mi tía y yo vivíamos en Loch cerca de Auray, y cuando mi madre murió, y mi tía se casó con Mathurin Guerik, nos trasladamos aquí.

—Es preciso que encontreis esto muy pobre y muy triste después de haber vivido en Auray; y una muchacha tan linda como Vd. estaría mucho mejor en una población de más importancia que Auray. ¿Qué tal le parecería Brest? Dijo Lao marcando mucho la última frase.

Annik levantó la cabeza con prontitud, estaba tan preocupada con sus propios pensamientos, que apenas si comprendió el objeto de la pregunta; así que contestó sencillamente:

—Brest está muy lejos, y es una ciudad demasiado grande, y he creído siempre que las gentes deben perderse con facilidad en las grandes ciudades.

Lao se echó á reír á carcajadas.

—Querida campesinita de mi alma, Brest puede meterse en un rincón de París y aun de Nantes; pero aunque es pequeño, está lleno de vida y animación; es el país de los hombres de mar, y nunca os podríais perder allí teniendo un fuerte brazo que os protegiese y guiase.

—Dichas estas palabras se acercó más á ella; pero esta familiaridad la disgustó sobre manera; y cuando los ojos de ambos se encontraron, los de la niña expresaban una violenta cólera. Volvió la cabeza despreciativamente y vió casualmente dos personas que se dirigían á la fuente próxima á la iglesia; era Silvestik con un gran jarro en la cabeza, y detrás de él un anciano encorvado y cojo, para quien caritativamente iba á buscar el agua.

—Buenos días, Juan María; buenos días, Silvestik: ¿qué noticias tienes de tu primo, dijo Annik, persuadida que esta amabilidad por su parte haría dejar el jarro en el suelo, y entrar en conversacion á los dos reciénvenidos, libertándola así de la incómoda compañía y desagradable conferencia que tenía; pero con gran sorpresa suya, Silvestik inclinó ligeramente la cabeza y pasó de largo, dejándola sola con su pesado interlocutor. La pobre niña necesitó contenerse mucho para no dar un grito. Desde que se dijo en el pueblo que Silvestik se alejaba de Kérion, Annik se había sentido disgustada; no dormía, no estaba tranquila; era el único que ella distinguía entre todos los jóvenes de los alrededores, ¡era tan respetuoso y se mostraba siempre tan afanoso por complacerla! Además era un joven muy guapo y de los que mejor educación tenían, y sobre todo, era un protegido del Sr. Cura, á quien éste distinguía y quería en extremo; por eso se había enfadado ahora mucho con él; había mirado muy tímidamente, y pasar así sin decir nada, era de muy mala educación.

El rubor subió á su frente, y hasta se incomodó consigo misma, por haber gastado neciamente sus pensamientos en Silvestik, que era un tanto mal criado: sin embargo, sentía amargamente la conducta del joven y tenía ganas de llorar; pero no obstante, se volvió risueña para Lao y le dijo, como si no hubiera habido interrupción alguna, aunque se mordía la punta de los dedos para mejor ocultar su disgusto:

—Creo que me gustaría ver una gran ciudad; pero una vez, no más. Deseo ver grandes iglesias, hermosas tiendas, grandes paseos. Pero vivir entre ese bullicio, jamás; me parece que en esas grandes ciudades estaría yo como un pájaro en una jaula.

—¿Quién pretendería enjaular semejante pájaro?—dijo él con dulzura.—Vd. tiene buena imaginación y será siempre pájaro libre: debe Vd. ser siempre obedecida.

El tono con que dijo estas palabras, era acariciador hasta no poderse pedir más; pero la mirada audaz y atrevida que las acompañó, hizo bajar los ojos á la pobre niña.

—La mujer ha nacido para obedecer, dijo levantándose, pensando que había estado demasiado tiempo sentada al lado de aquel mozo tan descarado.

—Sí, sí, niña mía; pero de seguro que no querría Vd. obedecer á un mozo como aquel tonto asustadizo,—dijo señalando á Silvestik.—Por mi fé que una muchacha necesitaria pedirle á él en matrimonio, porque sino es demasiado cobarde para hablar á ninguna, por lo que veo.

Annik se puso colorada como una cereza; conocía al uno, le quería y no podía menos de indignarse de las palabras de Lao, á pesar de todo: ¿por qué habría hecho aquello Silvestik? sentía honda pena y hasta incomodidad por aquella huida inexplicable; pero tenía 15 años, y es disculpable, que esas mismas causas le hicieran menos desagradable la compañía y el deseo de hablar con ella, del otro.

—Me voy que me espera Jeff—buenos días señor Coñtfrec.—Quizás alguna vez me ocurra ir á Brest, dijo saludando alegremente.

Estaba tan encantadora corriendo por entre los árboles,

que Lao la contempló hasta que desapareció por la puerta de la granja, y entónces dijo en voz alta:

—Quiero que me pertenezca esta linda muchacha; me agrada y la tendré, aunque se oponga el infierno. Pero yo he aprendido algo á su lado, en este momento, sólo con mirar sus parlanchinas mejillas que dicen más de lo que ella quisiera. Guerik es un tonto, y no ve que se puede hacer de ella lo que se quiera halagando un poquito su vanidad; ella no quiere que la manden; tiene genio; qué rabia la dió que el palurdo de Kergroes pasase sin saludarla apenas; creí que él la quería, pero veo que me he equivocado. De todos modos bueno será consultar con mi buena abuela Ursula, á quien no veo hace tiempo.

(Continuará.)

Correspondencia del CÁDIZ

D. J. de Echegaray.—Madrid.

—Agradezco á Vd. infinito la colección de sus obras, enriquecida por sus autógrafos, así como el tercer acto primitivo de *Lo que no puede decirse*, que con el mayor gusto publico.

D. A. Martínez Campos, Capitan general del ejército de operaciones.—Cuba.

—He tenido un verdadero placer en recibir su carta, y le doy gracias por la amable deferencia que debo á su amistad. Cuando reciba la que me anuncia de su distinguida señora, que me hará en ello un honor, la remitiréel CÁDIZ.

D.^a A. Castillo de Gonzalez.—Almería.

—Recibida la libranza importe de la suscripción de Vd. hasta Junio, y las 5 pesetas para limosna. Mil gracias por ellas.

D. J. de Loyzaga.—Manila.

—Mucho aprecio su amable carta, y el juicio que de mí tienen en esas islas, de que Vd. es digno intérprete: si me fuese posible visitarlas, crea Vd. que en ello tendría un verdadero placer.

D. J. Gonzalez del Olmo.—Canales.

—Queda Vd. suscrito por seis meses segun su aviso. Si no le es fácil enviarme en libranza el importe, puede esperar el giro que hará esta administracion.

D. A. Romero Ortiz.—Madrid.

—Aunque mi cariñosa amistad me dice de Vd. mucho bueno, sus obras, juzgadas imparcialmente, me dicen mucho más. Mi pequeño trabajo es, pues, una ligerísima prueba de mi admiración al par que de mi afecto.

D. V. de Arana.—Bilbao.

—Con el mayor gusto he recibido su notable obra, *Oro y oropel*, y le agradezco su recuerdo así como su cariñosa y entusiasta carta, que me revela en Vd. un amigo.

D.^a E. Calé T. de Quintero.—Lugo.

—Recibida la letrita de siete pesetas que tiene la bondad de enviarme; queda servida la suscripción que me avisa. Tanto á Vd. como á su hija le agradezco mucho su afecto, y las complaceré en lo que desean.

D. J. E. de Santos.—París.

—Gracias por sus ofrecimientos que estimo en mucho.

D. E. Pardo Pimentel.—Comandancia general.—Guanabacoa.

—Quedan servidas las diez suscripciones que tiene la bondad de avisarme.

No sé cómo expresarle mi gratitud por su afecto y amabilidad para conmigo. En efecto, creo que los Sres. Urrutia, Urzais y otras distinguidas personas de esa, me hacen el honor de ocuparse de mi periódico: yo agradezco á todos muy de corazón las simpatías que me demuestran, y deseo ocasiones de complacerles.

D. E. O. de Aguirrozabal.—Santiago de Cuba.

—Siento la pérdida de los prospectos que haré se dupliquen. Tanto Vd como sus amigos tienen el CÁDIZ á su disposición.

D. J. Vila y Blanco.—Alicante.

—Gracias por su linda poesía que he leído con el mayor gusto.

D. M. Eulate.—Habana.

—Agradezco tanto á Vd. como á sus hijos las pruebas de cariño que me dan. Sólo á esta amistad, que pago con la mía, debo el lisonjero juicio con que me honran.

D. S. R. Manzano.—Habana.

—He recibido su amable carta, y la circular que ha tenido la bondad de imprimir para recomendar á sus amigos mi publicación. Miles de gracias por este favor y galantería que aprecio mucho. Me honra en extremo su ilustrada aprobación.

D. S. Caballero y Rosos.—Vinaroz.

—Se le remite el CÁDIZ segun su aviso.

D. L. Martín Sanz.—Madrid.

—Servida la suscripción de Vd. hasta fin de Junio.

D. A. Harmsen.—Alicante.

—Le agradezco infinito su envío de 20 pesetas para la limosna del CÁDIZ, nueva prueba de la bondad con que se ocupa de todo aquello en que yo me intereso.

D. C. Leygonier.—Sevilla.

—He tenido un verdadero placer en poder cumplir sus deseos. Espero con impaciencia el trabajo que me anuncia.

D. J. J. Parra.—Baeza.

—Gracias por el soneto que publicaré: no sé las señas del amigo por quien me pregunta, pero creo que no las necesita.

D. J. P. Henares y Rodríguez.—Cazorla.

—Recibida la libranza de 9 pesetas 50 cént. Se servirá la suscripción de la señorita C. Linares, á la cual le ruego salude en mi nombre agradeciéndole su afecto: así mismo doy á Vd. las gracias por su carta.

D. M. Batanero.—Motril.

—Gracias mil por el cuadernito del *Bien* que leo con mucho gusto: sus cartas y sus observaciones siempre me son gratas.

P. DE B.

NOTICIAS.

Ha sido agraciado por S. M. con la cruz de Carlos III, libre de gastos, nuestro apreciable amigo D. José Rodríguez y Rodríguez, dueño del establecimiento tipográfico donde el CÁDIZ se hace y editor de *La Prensa Gaditana*. Pocas veces habrá sido mejor empleada una distinción regia, puesto que premia en el Sr. Rodríguez la honradez, la modestia y el trabajo. Le felicitamos cordialmente.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia la notable carta que publicamos en este número del Sr. de Santos, y deseamos que alentada con el apoyo que nos ofrece el digno comisario regio de la sección española en la exposición de París, CÁDIZ concorra á ella con cuanto de notable encierre, para ocupar el lugar á que su historia, al menos, le da derecho. Confiamos en que mucho ha de influir la autorizada voz de nuestro distinguido amigo.

También llamamos la atención de nuestros lectores hacia el tercer acto primitivo del drama *Lo que no puede decirse*, del eminente autor dramático D. José de Echegaray, que sólo se representó una noche, la del estreno, y que tan vivo interés despertó en los que no tuvieron el gusto de oírle.

Las fiestas reales han sido en CÁDIZ modestas pero animadas y distinguidas.

Un notable concierto en los salones de Santa Cecilia, en el cual tomaron parte las Sras. de Viniegra, Rivas, Collet y Soulé y los Señores Otero, Gil y Bettinelli; una comida en casa del Sr. Marqués de Sto. Domingo, nuestro primer alcalde; unas carreras de velocípedos, por los jóvenes que forman la sociedad del Jokey-Club, corridas de novillos en el patio del cuartel de San Roque, iluminaciones y fuegos artificiales. Además se han repartido limosnas, y dispuesto varios beneficios á los necesitados con motivo del regocijo nacional.

En las carreras de velocípedos que tuvieron lugar el 24 en la Alameda de Apodaca, ganaron los elegantes premios ofrecidos por los Sres. Viesca, Castillo, Flores y la Diputación provincial, los jóvenes Flores, Viniegra, Nadal y Carreras. La concurrencia fué muy numerosa, y lo templado del día hizo más agradable esta fiesta. Presidían seis lindas señoritas, las cuales eran, si mal no recordamos, las bellas y elegantes de Gomez de la Torre, la hermosa de Rivero, la simpática de Ramirez y las distinguidas de Vidie-la y Topete. Agradecemos al Veloz-Club sus invitaciones.

La sociedad filarmónica de Santa Cecilia reunió en sus espaciosos salones cuanto de bello y notable encierra CÁDIZ, en la noche del 23. Los señores que tomaron parte en el concierto demostraron al público que con gusto les escuchaba, que el estudio perfecciona cada día las brillantes facultades que les adornan. Sería muy conveniente que al invitar á una reunión de esta clase se indicase el carácter que ha de tener, para evitar que, como en esa noche, unas señoras vistiesen de sociedad, y otras de visita ó paseo, lo cual deslució un tanto el brillante aspecto de la reunión.

Esperamos que nuestra indicación se atienda, y agradezcamos infinito las invitaciones recibidas.

En el certámen poético verificado en Madrid han obtenido premios nuestros amigos D. Federico García Caballero y D. J. P. Velarde, de Sevilla, y D. Enrique Sierra y Valenzuela, de Madrid. Les felicitamos cordialmente.

Hemos recibido un tomo de poesías del Sr. D. Francisco Javier Godo, titulado *Latidos*, impreso en Barcelona. Lo agradecemos infinito.

Hemos recibido el lindo tomo que con el título *Oro y oropel*, ha publicado en Bilbao D. Vicente de Arana, coleccionando en él correctas traducciones y preciosos trabajos originales. Felicitamos al Sr. Arana por su notable obra, que recomendamos á nuestros lectores, y sentimos carecer de espacio para consagrar un juicio detenido á tan interesante libro.

Por haberlas recibido tarde no pudimos en nuestro número anterior dar las gracias á nuestro apreciable amigo D. A. de Arana, por las doce papeletas de limosnas de pan y dinero que tuvo la bondad de remitirnos y que fueron repartidas por nuestra Directora.

Ha fallecido en Madrid nuestro querido amigo el anciano general D. Lorenzo Milans del Bochs, que enfermo ya, escribió por complacernos una poesía para el primer número del CÁDIZ.

Dios haya acogido su alma en su seno de paz.

El eminente autor dramático D. José de Echegaray ha tenido la bondad de remitirnos sus preciosas obras *El libro talonario*, *Un Sol que nace y otro que muere*, *Para tal culpa tal pena*, *Iris de paz* y *Lo que no puede decirse*, enriquecidas con su autógrafo; le damos infinitas gracias por ellas.

Algunos Sres. Redactores del CÁDIZ nos preguntan si en la suscripción para la limosna que dará el CÁDIZ, figurarán todos con igual cantidad y cual ha de ser ésta. Debemos contestarles que nuestra Directora por sí sola, ruega á sus amigos que contribuyan con sus donativos para aliviar á los pobres, y que los Sres. Redactores están como amigos considerados, pudiendo contribuir ó no, según su voluntad, y con las cantidades que gusten, independientemente el uno del otro.

Tenemos entendido que en los primeros días de Febrero empezará á actuar en el circo-teatro de Romea, una buena compañía de zarzuela.



EL SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA DE QUADROS

Y ARELLANO,

HIJO DEL MARQUÉS DE SAN MIGUEL DE LA VEGA,

FALLECIÓ EN MADRID EL 9 DE FEBRERO DE 1873

Á LOS 27 AÑOS DE EDAD.

Su viuda, D.^a Patrocinio de Biedma, ruega á los lectores del CÁDIZ se sirvan encomendarlo á Dios.

PROBLEMA DE AJEDREZ.

NÚMERO 9.º

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas salen y dan mate en tres jugadas.

La solución al problema 8.º la aplazamos hasta ver si la acierta algún aficionado.

DONATIVOS para las limosnas que dará el CÁDIZ con motivo de las bodas regias.

REALES.

Suma anterior.	520
D. ^a Aurelia Castillo de Gonzalez (Almería).	20
D. A. Harmsen, baron de Mayals (Alicante).	80
Excmo. Sr. General D. J. de Velasco (Cádiz).	100

ADVERTENCIAS.

Los Sres. Corresponsales, libreros ó suscritores que no coleccionen el CÁDIZ y quieran ceder los números 2, 3, 4, 5 y 6, pueden dirigirlos á esta Administración, donde se les abonará, según lo deseen, ó una peseta por cada uno, en caso de que estén en buen estado, ó como suscripción corriente, según los números devueltos.

Rogamos á los Sres. que piden la suscripción del CÁDIZ desde el primer número, se sirvan esperar hasta fin de mes, fecha en que si no hemos recogido ejemplares del primer trimestre, haremos una segunda edición, pues no pudiendo figurarnos tan extraordinaria acogida como del público hemos obtenido, sólo hicimos una tirada regular.

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

El Héroe de Santa Engracia, poema épico.
Guirnalda de Pensamientos, poesías.
Recuerdos de un ángel, elegías.
Dramas íntimos, episodio en verso con la biografía de la autora.

NOVELAS.

Blanca. *El testamento de un filósofo*.
Cadenas del corazón. *El odio de una mujer*.
El capricho de un lord. *El secreto de un crimen*.
Sensitiva. *Las almas gemelas*.
La botella azul. *La flor del cementerio*.

EPISODIOS.

¡Dos minutos! *Una historia en el mar*.
Desde Cádiz á la Habana. *Fragments of an album*.
Habiendo pedido varios Sres. Suscritores muchas de estas obras, y estando agotadas las ediciones de ellas, se vá á proceder á hacer una nueva, que las coleccionará en tres grandes tomos. Los Sres. que quieran ser suscritores, tendrán la bondad de avisarlo así, para que figuren sus nombres en la lista que irá al final del último tomo. Cada uno de ellos costará 10 pesetas: los Sres. Suscritores sólo abonarán por los tres 25. No se exigirá el importe de suscripción hasta que empiece á repartirse el primer tomo. Dirigirse á Patrocinio de Biedma, Herrador, 8, CÁDIZ.

ANUNCIOS.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En CÁDIZ librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5; en Madrid en las principales librerías.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo tercero de la nueva serie, con la segunda edición de

LOS MÁRTIRES DEL AMOR.

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 5 rs. en la librería de Morillas. Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, *LA LLAVE*, 40 rs. Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 43, en Madrid, remitiendo el importe.

NUOVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

EL QUIJOTE

que ha hecho en CÁDIZ D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, CÁDIZ, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

CÁDIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL.

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor,

Sacramento 39 y Belas 8.